

Humanización: deber moral en la mujer Psic. Adriana Mercedes Tejada Montaña

La diferencia sexual

El tema acerca de la diferenciación sexual ha sido tocado desde muchas disciplinas y ha sido de mucho interés también por distintos grupos y campos de estudio. Lo que todos han tenido en común afirmar es que el hombre y la mujer comparten la misma naturaleza humana, con la peculiaridad que le ha dado el hecho de ser hombre o mujer: hablemos así de lo masculino y lo femenino.

Algunas diferencias entre los sexos son muy obvias por su carácter externo, las físicas, o por lo menos así deberían ser, y hay otras de tipo interno, las psíquicas, que son menos evidentes.

El tipo de razonamiento

Los recientes estudios evidencian, además, que una de las principales diferencias entre los sexos consiste en el tipo de razonamiento que poseen, así como la función o aplicación a la vida. Al hombre se le atribuye un desarrollo mayor de la razón instrumental, analítica y discursiva; y a la mujer más el intelecto contemplativo, *valorativo* y sintético.

Otro aspecto que configura la estructura psíquica de la mujer como mujer, es de orden afectivo, desarrollando así una mayor integración entre el entendimiento, la voluntad y los sentimientos; en ella parece que no pudiesen operar por separado sino a través de un cierto centro afectivo que algunos llaman “corazón”.

De esta manera se ha dado llamar a la mujer (de manera coloquial) puro corazón y al hombre pura razón. Al varón se le atribuye la capacidad por buscar en las personas o las cosas la perfección en cuanto encuentra el dominio y la instrumentalización de las mismas y la mujer se concentra en encontrar la bondad de las cosas y de las personas.

Hacia la complementariedad

Tal vez podríamos encontrar aquí una explicación a la crisis de la modernidad, que en su afán por polarizar y hacer énfasis en lo masculino, ha impuesto en la cultura y en las instituciones la impostación de ese canon racional-instrumental, que para realizarse de manera humana habría de complementarse precisamente con el aporte de la racionalidad específicamente femenina. Al ocurrir de manera contraria, la mujer quiere cada día más asemejarse al hombre y esto trae como consecuencia un vacío en su ser. En nuestra sociedad, con la prisa, las preocupaciones, el trabajo dentro y fuera de casa; va siendo difícil encontrar rasgos de ternura, de paciencia, de compasión, de cuidado: la intuición se pierde y el lado sensible de la vida se endurece y se hace inhumano.

Así mismo no debemos ignorar que todo esfuerzo por reproponer a la persona como principio y fundamento, tiene que pasar necesariamente por reproponer el valor de femenino y lo masculino, ambos rostros recíprocos y complementarios de lo humano.

En el mundo de la salud

El mundo de la salud también experimenta esta polarización y busca desesperadamente sea humanizado. La misión es para todos, pero el llamado es en particular para la mujer

ya que, mientras los hombres buscan desarrollar su parte “femenina” de manera plausible, la mujer está olvidando que es ella la que directamente tiene la capacidad de aportar a la sociedad su particular manera de ser, con una especial sensibilidad a los temas y problemas específicamente humanos. Por ello no es raro encontrar a la mujer inclinándose hacia actividades y preocupaciones donde la dignidad de la persona humana, el amor, la libertad y los derechos fundamentales se encuentran oscurecidos. Así mismo no debemos ignorar que todo esfuerzo por reproponer a la persona como principio y fundamento tiene que pasar necesariamente por reproponer el valor de femenino y lo masculino, ambos rostros recíprocos y complementarios de lo humano.

La responsabilidad moral

Volviendo a la responsabilidad moral de la mujer, podríamos decir que no es una obligación aportar su feminidad como un mero determinismo, sino que es a través de esa expresión que puede llegar a ser mujer en plenitud y alcanzar su fin último.

La vocación natural de la mujer parece estar orientada a la custodia de lo auténticamente humano; esta custodia se realiza prioritariamente en la formación del ser humano y el cuidado de la rectitud en la donación interpersonal.

El vivirse cada día como mujer le hará cada vez más persona, pues está en su naturaleza, y a su vez elevará la calidad moral de sus actos. De manera contraria -si olvida su naturaleza y actúa con valores contrarios- puede encontrarse lejos de estar liberada, en una profunda esclavitud, ya que la corrupción de lo mejor es lo peor. Así la mujer está llamada a humanizarse descubriéndose a sí misma.

En esta cultura de muerte, que se manifiesta cada vez con mayor fuerza, podemos afirmar que la mujer es auténtica esperanza: su presencia, su identidad y su vocación son dones que todos podemos apreciar, promover y defender.